

# Carlos Rangel: Culpable

*Carlos Raúl Hernández*

Carlos Rangel es culpable. Culpable de haber(nos) abierto los ojos frente a nuestros mitos, viejos recursos del alma para eludir las responsabilidades. Es culpable de algo imperdonable: de decirnos, con argumentación irrefutable, que es mentira aquello de que nuestros países son atrasados porque unos bandidos, llámense EE.UU., Inglaterra o Francia, han construido su desarrollo sobre nuestra miseria. Con ello desajustó verdades con las cuales el mundo era cómodamente comprensible; nos habló de Japón, Singapur, Tiawan y lo que es aún más imperdonable, lo hizo citando al Marx del **Manifiesto Comunista**.

A sus lentes no se les movía un músculo a las siete de la mañana y con un tono de voz mesurado, gritaba, como decía León Felipe, lecos que se oían en todos los continentes y en todos los rincones del dogmatismo o del autoritarismo.

Es culpable de ser escéptico, de no emocionarse con himnos, de no asistir a marchas triunfales, de no saludar militarmente hombres a caballo. Es culpable de no acariciar mundos perfectos, de no tener, como Superman, una ciudad modelo en su oficina para imponérsela a la imperfecta realidad. De asirse al raído trapo que algunos usamos como bandera de la libertad, llena de agujeros, pero preferiblemente a la de cualquier paraíso terrenal.

Es necesario quemar sus libros. Ya una vez hubo quienes intentaron darle sus merecidos palos, junto a Sofía, por no creer en la verdadera democracia, en esa que nacerá, por ejemplo en Nicaragua, cuando la inflación rompa la marca del 30.000 por ciento y se haya apaleado a todo aquel que alguna vez haya abrigado algún críminpensamiento contra "el gran hermano" Ortega.

No creyó en ese paraíso de la fe que (según la teología de la liberación ese contrahecho engendro de la estupidez al cuadrado), ha creado un viejo y obeso dictador en el Caribe, donde basta con abrir por cinco minutos una embajada al público, para que se asilen veinte mil personas, hasta en los enchufes eléctricos.

Nunca le podremos perdonar que se mantuvo por espacio de veinte años aferrado a unas convicciones, nadando contra la corriente, recibiendo improperios, rechazado incluso por quienes pensaban



igual que él, pero no se atrevía a decirlo, para luego caminar tranquilamente sobre los escombros de las utopías.

Recuerdo que en alguna de las calurosas novelas de Steinbec, se contaba de un niño, en una recóndita población del **midwest** norteamericano, que trepaba a un altísimo muro desde donde podía ver, a kilómetros de distancia, el remoto paso del tren. Una vez arriba intentaba posiciones acrobáticas y extrañas, corriendo el riesgo de romperse el cuello. Quería decir algo a los pasajeros de aquel tren que, por cierto, nunca lo vieron y de verlo, jamás hubieran captado mensaje de afirmación dramática.

Tenga la seguridad Carlos de que el suyo fue entendido.